



El abrigo de Proust

Historia de una obsesión literaria



Lorenza Foschini

Traducción del italiano y postfacio a cargo de
Hugo Beccacece



IMPEDIMENTA



Título original: *Il cappotto di Proust*

Primera edición en Impedimenta: marzo de 2013

Copyright © Lorenza Foschini, 2010

Copyright de la traducción © Hugo Beccacece, 2013

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2013

Benito Gutiérrez, 8. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

Las fotografías de las páginas 14 (supra), 88, 90, 123 son cortesía de Eric Karpeles. Las de las páginas 10, 14 (infra), 122 y 124 son cortesía de Marco Molendini. La fotografía de la página 19 es cortesía de Carlo Jansiti. Todas las demás fotografías son cortesía de la autora.

Los editores quieren agradecer a Eduardo Berti por haberles puesto en la pista de esta obra fascinante.

ISBN: 978-84-15578-48-2

Depósito Legal: M-4255-2013

IBIC: FA

Impresión: Kadmos

Compañía, 5. 37002, Salamanca

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mi familia, una rara historia de familia



P R E M I S A

Este no es un relato imaginario. Todo lo que se consigna en él ocurrió en realidad. Los protagonistas de esta historia existieron de verdad, pero mientras reconstruía los pasajes, leía las cartas y conocía más de cerca a las personas que habían participado en ella, descubrí la importancia que revisten los detalles mínimos: los objetos sin valor, los muebles de gusto dudoso, hasta los viejos abrigos descosidos. Las cosas más comunes, de hecho, pueden revelar escenarios de inusitada pasión.



«Y ALLÍ, DELANTE DE MÍ, ESTÁ EL ABRIGO.»

I



La belleza siempre es rara.

—CHARLES BAUDELAIRE—

Extraen la caja de cartón. La bajan con cuidado, pero con cierto desapego, como si no les correspondiera a ellos exhumar objetos tan humildes. Estoy allí de pie, en medio de ese enorme cuarto iluminado con lámparas de neón, como un pariente a quien convocan para reconocer el cadáver de un ser querido.

Apoyan la caja encima de la mesa, en el centro de la habitación, levantan la tapa y, de pronto, el olor a alcanfor y a naftalina invade el ambiente. En un abrir y cerrar de ojos, monsieur Bruson y su ayudante se cubren con delantales blancos: dos fantasmas que gesticulan, los brazos levantados, agitando inmaculadas hojas de papel de seda.

Me acerco lentamente a la mesa, a pequeños pasos, sonriendo incómoda. Y allí, delante de mí, está el abrigo. Acomodado al fondo de la caja, apoyado delicadamente encima de una gran hoja de papel como sobre un sudario,

rígido por el relleno; parece como si, realmente, estuviera cubriendo a un muerto. De las mangas, también hinchadas, sobresalen manojos de papel de seda. Me inclino un poco más, doblándome sobre el tablero de metal donde está apoyada la caja, y al mirar el abrigo me parece como si en su interior habitara un fantoche sin cabeza y sin manos, robusto, corpulento, con el vientre hinchado.

Me siento algo incómoda por la presencia de monsieur Bruson. Con actitud educada, trata de no mirarme, pero, a escondidas, lo sé, me espía con recelo.

No puedo resistirme y acaricio suavemente la lana color gris tórtola, descosida y raída en los dobladillos.

Es un abrigo cruzado, cerrado por una doble fila de tres botones. Alguien de complexión más delgada debió de cambiar de lugar la botonadura para estrecharlo, así que allí donde estaban los botones quedaron las huellas de las costuras originales, con sus nudos de hilo negro. Un pequeño agujero señala la ausencia del botón que debía de cerrar el cuello. Del forro de piel negra cuelga un cartelito blanco atado con un hilo rojo. Lo levanto y compruebo que no hay nada escrito. Desabotono el abrigo en busca de alguna clave, de la etiqueta de alguna tienda, de algún sastre. Nada.

Audaz, me atrevo a meter las manos en los bolsillos: de nuevo nada. Vacíos. Monsieur Bruson parece impaciente, pero no logro sustraerme de aquel inerte y conmovedor simulacro en que estamos inmersos. El abrigo está ahora abierto, y me deja ver el forro de nutria ralo y comido por las polillas. No me decido a marcharme de allí. En realidad, han pasado apenas unos minutos desde mi llegada, pero

poco a poco empiezo a darme cuenta de que allí, delante de mí, está el abrigo con el que Proust se había cubierto durante años, el mismo abrigo que solía extender sobre sus mantas mientras yacía acostado escribiendo *En busca del tiempo perdido*. Me vienen entonces a la mente las palabras de Marthe Bibesco: «Marcel Proust se sentó ante mí, en una sillita dorada, como si acabara de surgir de un sueño, con su abrigo forrado de piel, su rostro cargado de tristeza y sus ojos que parecían capaces de ver en plena noche».

Le doy las gracias a monsieur Bruson, quien, con exquisita delicadeza, reacomoda el abrigo en su caja. Lo rellena de nuevo de papel, lo abotona, lo cubre con sus amplias hojas de papel de seda blanco y, por último, coloca encima la gran tapa de cartón. Luego levanta la caja y la vuelve a subir a la repisa más alta de la estantería metálica. Antes de irme, echo una mirada detrás de mí. En un costado de la caja, escrito con un marcador negro en grandes letras de imprenta, leo: «Manteau de Proust».¹

Vuelvo a cruzar entonces el hermoso patio interior del Museo Carnavalet y tomo la salida lateral, por el número 29 de la rue de Sévigné, la misma por la que había entrado gracias a la solícita cortesía del director, Jean-Marc Léry.

1. En francés en el original: «Abrigo de Proust». (*Todas las notas, salvo que se indique lo contrario, son del traductor.*)

